

Ceballos Viro, Ignacio: *La indomia*, Sevilla, Babidi-Bú, 2019, 64 pp.

Ante ella, el bosque, las tierras desconocidas que había oído en leyendas, los seres míticos, los volcanes, el cansancio y el horizonte... (*La indomia*, p. 67)

Cada historia es un viaje misterioso, lleno de sorpresas, del que volvemos cargados de regalos y enriquecidos tras una lectura de calidad. Este libro en particular ha sido un auténtico regalo para mí, porque no se ha tratado solo de un viaje por tierras conocidas, sino de una verdadera travesía por el mundo de la imaginación. La aventura comienza en las paradisíacas praderas de los *indomios*, que me han llevado a recordar la libertad de los fabulosos *cronopios* de Julio Cortázar. No en vano *Historias de cronopios y de famas* (1962) es uno de sus libros legendarios, con una mirada poética capaz de encender cualquier fantasía, tanto como lo hace la visión también lírica de Ignacio Ceballos Viro en estas páginas de *La indomia*.

Es destacable esa imaginación que ha inspirado al autor para dotar a los personajes de ocupaciones y oficios inesperados y líricos, como el de la protagonista Vita “la pastora de caracoles”, con la que se abre la obra. Esos poéticos menesteres a los que los indomios dedican sus vidas se convierten a su vez en sus apellidos, que en esta creación se llaman significativamente *artellidos*; como vemos en este ejemplo: “Desde ahora eres Accumba Escuchatormentas Limpiabrisas Vencemiedos Tejealianzas Olvidaafrentas Mascahierbas Domayeguas Trepacolinias Pruebaarroyos Maestradegallos” (p. 38). Cada año, en la ceremonia del *Fato*, los indomios escogen la ocupación a la que se van a dedicar a partir de ese momento, y, de esa forma tan libre, queda añadida a sus apellidos. Junto a todos esos trabajos maravillosos, los habitantes se dedican también a cultivar sus imaginativos huertos, que también crecen en el fértil terreno de la imaginación, como veremos:

La semilla del tomate azul hay que plantarla por la noche y no conviene que le dé mucho el sol, pero sí mucho la luz de la luna (...) Para cultivar la judía dulce es necesario tener pensamientos felices durante la siembra... su sabor es tan azucarado que se dice que era la única verdura que podía comer el famoso Lambo Cogemiel Cogemiel Cogemiel Cogemiel (*La indomia*, 56-57).

En la fiesta del *Fato* es justo cuando Vita decide comenzar su aventura por el mundo para ir a buscar una criatura tan legendaria como las *aerísas*, que viven en los mismísimos volcanes, pero se dice que si las escuchas no volverás a estar triste nunca. Así, la protagonista se convierte en Vita Buscaerísas Pastoradecaracoles Recuerdaleyendas Cuentasueños y emprende el viaje de su vida. Como ya indican los dos últimos apellidos de Vita, toda la historia está impregnada de la fantasía de los cuentos populares de la sabia tradición oral. Es significativo al respecto que las dos primeras ocupaciones de la heroína hayan sido las de las narradoras, que, como los nómadas trovadores, recuerdan las leyendas y cuentan los sueños.

Por eso, en esta historia, el lector saboreará también un asentado poso de los cuentos populares del mundo. Los animales parlantes de todas las fábulas están aquí también presentes, aunque con nombres distorsionados por la imaginación del autor, como los “cabayos” que hablan, las “leonesas”, los “orsos” o los “ciervobos” en los que los protagonistas tratan de cabalgar para agilizar su viaje. En otros casos, los personajes nos remiten a arquetipos o cuentos más concretos; como el lobo de *Caperucita*, que nos viene a la memoria en la persecución de los “perros-lougbo” y en la canción que les dedican los niños al salir airosos del peligro:

*No temo al peurro feroz  
ni a su colmillo sangriento.  
Cuando persigue a una indomia  
resulta ser triste y lento.  
Con sus zarpas afiladas  
y sus ojazos de lobo... (La indomia, p. 111)*

Tampoco podían faltar las hechiceras, como la abuela de la protagonista, la vieja Ulteria, que vive en una isla boscosa que nos recuerda la casa en el bosque sobre patas de gallina de la bruja rusa, Baba Yaga, siempre rodeada de calaveras. En este caso, la abuelita asusta a los recién llegados con “cráneos de conejo, de zorrocloco, de gatio y de

peurro aparecieron clavados en estacas”; aunque también descubrimos que, en estas páginas, la tradición se suaviza, porque “cuando siguió adelante decidida, la oscuridad pareció ir disminuyendo. A un grupo de piedras con aspecto de lápidas le siguió una montañita de piedras pintadas de colores. De las ramas empezaron a colgar objetos más amables, como caracolas marinas y lunas talladas en madera...” (*La indomia*, p. 74). La magia acabará llegando también al corazón de la propia protagonista Vita, un personaje rico que sufre profundas evoluciones a lo largo de la historia.

En todo caso, la lectura de esta obra no solo implica un viaje por las tierras de la fantasía, sino que, además, nos conduce hasta la rememoración de los mejores ejemplos de los cuentos de la tradición oral, e incluso sentimos el homenaje a otras grandes obras de la literatura infantil y juvenil. Es el caso de la famosa sombra personificada y huida de *Peter Pan*, que no podemos dejar de añorar cuando leemos la sorprendente pelea de las sombras de los indomios en la cueva: “La discusión de las sobras pronto llegó a las manos (o sea, a las sombras de las manos), y era un espectáculo verlas (si se hubieran parado a verlas) jugando a tironearse...” (*La indomia*, p. 119).

Los valores aportados por esta obra, por otra parte, incluyen también el pacifismo con una dura crítica de los efectos y sinsentido de las guerras. Su lectura es un viaje fantástico al mismo tiempo que enriquecedor. En definitiva, no os la perdáis, porque es una historia preciosa que mantiene a los lectores enganchados a sus páginas, sin poder dejar de leer, y que, de la mano de esos entrañables indomios que duermen bajo las estrellas, enriquece notablemente la imaginación.

Pilar García Carcedo  
Universidad Complutense de Madrid  
pcarcedo@edu.ucm.es